



Peleó contra el impulso de huir. Era su oportunidad de probar que podía cuidar de sus hermanos.

Aún recordaba una conversación que había mantenido con Grom unos meses atrás. Él había colocado su pesada pata sobre un cordel con un extremo atado a un árbol joven. El otro rodeaba el cuello de un zorro. Su lucha por liberarse debía de haber tensado tanto la cuerda que al final había acabado ahorcándose. Y ella no había logrado olvidar el miedo congelado en los ojos del pobre animal, ni las largas marcas de arañazos que había dejado en la tierra.

*Cada vez se arriesgan más*, había dicho Grom. Y era cierto. Los humanos habían empezado a colocar sus trampas en lo más profundo del bosque. El avance había sido repentino y rápido, como los nubarrones que cubren el cielo cuando se va a desatar una tormenta. Zima se preguntaba si vendrían muchos más y cuánto tiempo pasaría hasta que algún miembro de su manada se viera lastimado.

Grom, que había leído los pensamientos de su hermana en la posición de su cola y en el movimiento de sus orejas, asintió. *Algo ha cambiado. El peligro crece cada día.* La necesidad feroz de proteger a los suyos iluminó sus ojos cuando añadió: *De ahora en adelante, no debemos correr riesgos. Si te topas con algún humano, mátalos antes de que él te mate a ti.*

Zima se estremeció. Sabía lo que él le habría ordenado de haber estado allí.

Lo que tenía que hacer.

Matar a la humana.



ante ella, siete en total, mirándola como espíritus de piedra. El olor, más espeso ahora, la rodeó. El sonido de un chasquido rompió el silencio. Y entonces la bruja apareció ante sus ojos.

Baba Yaga.

Era la primera vez que la veía, pero no cabía duda de que era ella. El bastón que sujetaba con su mano huesuda y la magia que la impregnaba como el humo la delataban. Su piel era tan áspera y arrugada como la corteza de un pino, y el ralo cabello cano que le quedaba crecía en todas direcciones de su cabeza como una corona de espino. Unos dientes grises como el granito perforaban unas encías arrugadas.

*¡Vete!*, ladró Zima. *¡Aléjate de mí!*, jadeó, luchando con el nudo que atenazaba su garganta.

Sin embargo, cuando estaba a punto de echar a correr, la anciana hizo un gesto y unas raíces brotaron del suelo, atrapando sus patas. Cuanto más tiraba de ellas, con más fuerza se enrollaban a su alrededor.

—Silencio, cachorra —dijo ella con calma—. Me gusta tan poco hablar contigo como a ti conmigo.

Así que conocía el lenguaje de los lobos...

La sorpresa de Zima dio enseguida paso a un gruñido.

*No voy a caer en tus trucos.*

La desconfianza entre los de su especie y la bruja se remontaba a cientos de generaciones atrás. Algo les sucedía a los lobos que se acercaban a ella. Al menos con los humanos bastaba con buscar un cuchillo o una flecha. Pero la magia de la Baba Yaga estaba escondida y podía usarse para infinidad de sórdidos propósitos.

*Eres peor que un humano*, musitó la loba.

—¿De verdad? ¿Que esos humanos que ponen trampas, cortan árboles o le prenden fuego a tu casa? ¿En serio te parezco peor? —preguntó ella con una risa atronadora. Luego, se acercó un poco más a ella. Sus pasos eran silenciosos, apenas si se escuchaba el sonido de su falda arrastrándose por el suelo—. Precisamente, son los humanos los que me preocupan —añadió, acariciando con un dedo nudoso la empuñadura de su bastón—. De hecho, estoy aquí porque tengo una misión para ti.

La réplica de rencor que había preparado se congeló en la garganta de Zima transformándose en un acceso de tos.



*Intenté echar a correr, pero ella usó su magia para atraparme, le explicó mostrándole la forma en que había sucedido. ¡No podía moverme!*

*Esa Baba Yaga tiene la capacidad de distorsionar las cosas y confundirte con sus palabras, y ahora veo que también puede obligarte a escuchar. Pensativo, caminaba de un lado a otro, tan rápido que sus patas apenas dejaban rastro en la tierra. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha puesto en nuestra contra?*

*¡No! Solo me dijo que los humanos eran tan peligrosos para ella como para nosotros.*

Grom se paró de repente. Y Zima se dio cuenta de que había dicho algo terriblemente malo.

*Otro de sus trucos. Deberías haberme llamado en cuanto la oliste... Y ni siquiera has sido capaz de matar a un humano.*

No había hecho falta que se lo contara; él lo sabía. Zima pateó el suelo, humillada.

*Dejaste que tus miedos te dominaran. Si no los controlas, nunca podrás proteger a la manada. Había algo en la frente de Grom y la rigidez de sus hombros que no había visto antes. Algo entre la ira y la angustia. Y me ocultaste la verdad, añadió, dejando escapar un suspiro.*

*Me dio vergüenza. No estaba bien...*

*Los humanos mienten. La bruja miente. Los lobos no mienten.*

Antes de que pudiera replicarle, Grom la silenció con una mirada más penetrante que el cuchillo de un cazador.

*Ojalá nuestros padres estuvieran aquí, dijo. No quiero castigarte. Ellos sabrían si tú... Se detuvo antes de terminar la frase.*

*Si yo ¿qué?*

Grom se colocó como si tuviera ante sí una amenaza, sus patas firmes en el suelo.

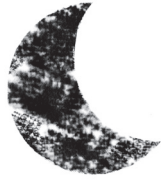
Y entonces Zima lo comprendió todo: ella era la amenaza. *Si te ha maldecido...*

*¡No!, gritó ella. La conmoción y el dolor estremecieron su pelaje. Si me hubiera echado una maldición, me habría dado cuenta.*

*¿Tú crees? No puedo correr ese riesgo.*







## CAPÍTULO 18

Todo le daba vueltas, la habitación se tornó borrosa. De pronto, estaba perdida en una espesa niebla, hasta que escuchó el gemido de Leto y sus ojos se aclararon. La mano que agarraba su cabeza se aflojó y la soltó. El olor a magia, que la había abrumado solo un segundo antes, se había disipado casi por completo.

Una sensación nueva y extraña la embargaba: un sonido que parecía zumbiar en su interior, murmurando con suavidad, para que ella entendiera las palabras. Aquellos susurros la llenaron y fluyeron a través de ella.

Cuando quiso acercarse a su hermano, sus extrañas patas a punto estuvieron de hacerla tropezar. Zima miró hacia abajo. Estaba de pie, erguida sobre un par de piernas. Extendió entonces sus brazos y descubrió las manos marchitas





puede confiar en algunas brujas y humanos. Estamos juntos en esto. Necesito que confíes en mí.

Un destello de incertidumbre iluminó los ojos de Grom.

—Si nos retiramos al bosque, si confiamos en su magia —prosiguió—, nuestra manada estará más segura que nunca. Y también el pueblo estaría a salvo.

El miedo y la confusión del rostro de Grom fueron sustituidos por una mirada de determinación. Finalmente, dio un paso adelante y se inclinó ante Zima. Estaba mostrándole su respeto y pidiéndoles a los demás que hicieran lo mismo. Los lobos le observaron, sopesando su decisión. Ella vislumbraba en sus rostros que se enfrentaban a una decisión complicada. Si atacaban a los soldados en mitad del pueblo, había

bastantes probabilidades de que murieran en el intento. No acababan de creerla, pero tal vez fuera su única opción de salvarse. A sus manadas, al bosque.

Uno por uno, el resto de los lobos que la rodeaban fueron inclinaron la cabeza. No ante Grom, sino ante Zima. Depositaban así su confianza en ella. Le pedían que les liderara. Y no podía decepcionarlos. Zima se inclinó a su vez ante ellos, agradeciéndoles el gesto. Todos juntos levantaron el hocico y aullaron. Aquel sonido llenó su corazón hasta rebosar. Estaba a punto de estallar.

—¡Al bosque! —gritó.

Como uno solo, los lobos se dieron la vuelta y avanzaron hacia la protección de los árboles.

